»Con ellas fuí á comprar un sueldo de café, y despues me llevaron á la «casa amueblada.»

»Poseia yo entonces, por todo capital, 3 chelines (3 francos 60 céntimos.)

»Permanecí en la casa, cosa de un mes, sin hacer nada malo, viviendo de mis 3 chelines y de lo que pude procurarme empeñando mis vestidos.

»En la tal casa, no ví ni oí mas que cosas feas.

»Burlábanse de mí; incitábanme á blasfemar...

»¡Miradla, decian, á esa imbécil que se hace la honrada!

«Otras veces, era aun peor, en tal manera que, insensiblemente, me volví tan mala como las otras.

»Durante este tiempo, habia visto continuamente acostarse juntos muchachos y muchachas, sin maliciar cosa alguna.

»No sé leer, ni escribir... Mi madre era una buena mujer, y hubiera querido tenerla aun, para refugiarme junto á ella.

»A menudo tenian lugar, en mi presencia, entre individuos casi niños, cosas que no puedo contaros, y que me daban vergüenza.

»Finido el mes, y despedida de su casa, por no poder pagar, encontré á un jóven de quince años, que me determinó á que fuese á vivir con él,

»A la sazon, contaba yo escasamente doce años.

»Pasé tres meses con él, en la misma casa amueblada, viviendo como marido y mujer, aun cuando no éramos mas que unos niños; y permaneciéndole fiel.

»Al cabo de los tres meses, fué mi amante condenado por robo á seis de prision.

»Aflijióme el percance, pues portábase muy bien conmigo, á pesar de que me habia comunicado una enfermedad.

»Entonces, rompí algunos cristales en «St Paul's Church yard» para que me lleváran á la cárcel, y en ella me curasen.

»Estuve presa un mes en el «Compter» y salí libre de mi dolencia.

»En el »Compter» se me reprochó vivamente el estado en que me hallaba á una edad tan temprana.

»Al salir de la cárcel, recibí la limosna de dos chelines y medio (3 francos) y me ví precisada á corretear por las calles en busca de trabajo.

»De esta suerte he vivido durante tres años, ora teniendo mucho dinero, ora careciendo de todo; hoy, hartándome; mañana, muriéndome de hambre.

»Las muchachas mayores que yo me hacian emplear mi dinero como se les antojaba.

»Ni un momento he sido feliz durante este tiempo; pero, no pudiendo obtener un «certificado» de buena conducta, érame imposible abandonar tal género de vida.

»Durante los tres años he vivido en una casa amueblada de «Kent street,» en la que solo se albergaban ladrones y malas mujeres.

»He visto acostarse, en el mismo cuarto, hasta tres y cuatro docenas de muchachos y de chicas.

»Las camas eran horriblemente súcias y estaban plagadas de asquerosos insectos.

»Tenian allí lugar cosas bien feas.

»Los muchachos, si decirse puede que habia alguna diferencia, eran los mas disolutos.

»A menudo pasábamos hacinados, toda una noche, una docena de varones y hembras, en un mismo lecho, unos á los piés, á la cabeza otros, revueltos todos.

»No debo entrar en detalles; pero todo cuanto puede tener lugar en palabras y acciones entre varones y hembras, pasaba allí en medio de los demás.

»Tengo el sentimiento de confesar que yo misma he tomado parte en tan feas acciones; pero no estaba yo tan pervertida, como algunas de mis compañeras.

»Una sola candela brillaba toda la noche en el dormitorio; mas en verano, la mayor parte de la noche era bastante clara.

»Varios muchachos y varias chicas dormian completamente desnudos, y en tal estado danzaban á veces en el dormitorio.

»He visto á mas de una veintena saltar, en cueros, desde uno á otro extremo del cuarto.

»Algunos no pasaban de niños.

»Los varonos eran los mas jóvenes...

»Allí no habia mujeres, ni hombres.

»A menudo, querellábanse.

»El gerente del establecimiento jamás intervenia.

»Las cosas van hoy del mismo modo, y esto se repite cada noche.

»En ocasiones, he oido preguntarse á gritos, las chicas, una á otra, cuantas veces se habian visto precisadas á ir al hospital, á la enfermeria, ó á la «Work house».

»Disputaban, entre ellos, sobre quien podia jactarse de haber cometido mayor número de fechorias durante la jornada.

»He visto á algunos y á algunas trocar de pareja por una noche.

»Despues de tres años de semejante vida, robé un trozo de buey en casa de un carnicero, para hacerme encarcelar.

»Hallábame disgustada de la existencia que llevaba, y no sabia como salirme de ella.

»Condenáronme á un mes de prision.

»Al salir de ella, pasé dos dias y una noche en la calle, sin hacer nada malo.

»Volví entonces ante el mismo almacen de «St. Paul's Church yard» y amenacé romper de nuevo los cristales de la vidriera.

»Esto lo hacia para que me prendieran, porque, en la cárcel, en la calma de la noche, figurábame que todo habia acabado para mí; consideraba cuán vergonzosa era mi existencia, hasta qué punto mi salud estaba deteriorada, y pensaba que valia mucho mas permanecer siempre presa, que llevar tan degradante género de vida.

»Mis amenazas valiéronme seis meses de encierro.

»A mi salida, rompí una lámpara, guiada por la misma intencion, y fuí condenada á quince dias mas de prision.

»Este fué mi último encarcelamiento.

»Desde entonces, he vivido como acabo de contaros, habitando en las mismas «casas amuebladas» y testigo de las mismas escenas.

»Hoy dia, detesto esa infame existencia, mas que nunca.

»Dispuesta estoy á dedicarme á cualquier trabajo que mis fuerzas permitan.

»Puedo valerme de la aguja.

»En el «Compter» ocupábame en lavar y fregar, y mi conducta, allí, ha sido siempre buena.

»En la casa donde actualmente vivo, el alquiler cuesta 3 peniques (30 céntimos) por noche. En la de mistres ***, 1, ó 2; por lo demás, las mismas escenas.

»Muchas chicas, ó por mejor decir, casi todas ellas, salen de estas madrigueras á fin de procurarse dinero para los muchachos que viven con ellas.

»Si no pueden encontrar dinero, menester es que roben algo; de lo contrario, una zurra las espera al regreso.

»He visto algunas, apaleadas por sus amantes, con los dientes rotos, yacer en el suelo, cegadas por la sangre que de sus heridas manaba.

»Los muchachos, por su parte, pasan todo el dia fuera de casa, para robar.

»El huesped les compra todos los artículos de provision que pueden atrapar, y los revenden enseguida á sus inquilinos.

»En cuanto á la policía, nunca se la ha visto aparecer allí.

»Si por acaso un muchacho regresa por la noche sin dinero, sin provisiones, sin ningun objeto susceptible de ser vendido á los inquilinos, aunque no fuese mas que un pañuelo, no se le recibe. Dicénles con todas sus letras : ¡Vé á robar!

»Lo mismo pasa con las chicas.

»Durante el dia, cualquier advenedizo puede entrar, hacerse

servir por 1 sueldo su café, é instalarse hasta la noche, si bien le parece.

»He visto, en ocasiones, establecidos así mas de treinta individuos, todos ellos ladrones ó mujeres malas.

»No hay sillas, y si solo un banco, ante el hogar, donde puede sentarse una docena de personas.

»Los demás «parroquianos» siéntanse acá y allá, en el suelo, tan cerca como pueden del hogar.

»Las conversaciones son idénticas dia y noche; empero de dia son algo menos indecentes. Generalmente se preguntan unos á otros cuales son los sitios mejores para robar con fruto.

»De vez en cuando, acuden algunos misioneros; pero los concurrentes se mofan á menudo de ellos mientras ha-blan, y siempre, antes de que se vayan.

»Si, engañada por la muestra colocada en la puerta de la calle, entra una jóven honrada á comprar algunos sueldos de café, no sale, sin verse antes ofendida.

»Gran número de muchachas se ha perdido en esta casa desde que vivo en ella, y sus seductores no se han olvidado de jactarse de tal hazaña.

»Jamás he visto á ningun muchacho ni á ninguna chica volverse buena, despues de vivir algun tiempo en dicha casa. Los que la frecuentan están perdidos para siempre.

»Yo era hija única, y no tengo ni un solo amigo en el mundo.

»Muchas muchachas me han manifestado mas de una vez cuanto desearian salir de tal casa.

»Segun he llegado á comprender, la dureza de los padres y de las amas es una causa que lleva aquí á un sinnúmero de muchachas.»

Así pues, en la mayoria de casos, la vida de las prostitutas en Lóndres es una vida de terrible trabajo y de asquerosa orgía.

Independientemente de las exijencias de la profesion en sí misma, es menester, en general, que luchen contra el hambre,

contra el frio y contra la enfermedad. Las fatigas nocturnas, dentro como fuera de la «casa,» les hacen una ley imperiosa de saturarse de aguardiente de jenjibre, desde por la mañana. Empero, el gin no puede devolverles la vida y las fuerzas, y á menudo, durante el invierno, despues de toda una noche de marchas y contra-marchas penosas por las calles, con un viento glacial, con nieve, vése á algunas de esas desdichadas, á penas vestidas, extenuadas y desfallecientes, caer desplomadas ante el umbral de una puerta, «demasiado débiles para poder volverse á levantar, y demasiado miserables para tener tal deseo» (V. «The great sin.»)

Prevése facilmente cuales deben ser, en tal condicion, los andares de estas infelices. Antes del establecimiento de la nueva policía, las prostitutas de Lóndres no conocian freno; llegada la noche, muchas calles de la metrópoli eran casi intransitables.

Hoy dia, hanse vuelto menos brutales y menos peligrosas para los transeuntes; pero poco han perdido de su osadía.

Calculados para escitar las pasiones, su lenguaje y sus gestos han conservado todo su cinismo.

De dia, muéstranse en las ventanas, en actitudes lascivas, que exhiben á las miradas de los hombres como otros tantos cebos, y que son fuente de escándalos y desmoralizacion públicas.

Por la noche, en las calles obscuras y retiradas, danzan, juegan y cantan, casi desnudas.

Semejante vida no puede durar mucho.

Segun Clarke, antiguo tesorero de la Cité de Lóndres, la vida media de las mujeres públicas de la metrópoli seria de cuatro años; segun otras autoridades, de siete. Muchas de estas desheredadas acabarian por el suicidio ó la enagenacion mental.

Hemos visto, antes, que la mortalidad, en el seno de la prostitucion de Lóndres, ha sido evaluada en 8000 anualmente.

Empero, esta cifra enorme no se apoya en ninguna estadística.

»¿Será verdad, dice el doctor Acton, que esas criaturas mueran despues de algunos años de ejercer su oficio? Sabido es que las prostitutas, sean cuales fueren los demás signos que las caracterizan, se reclutan entre las mugeres mas robustas, mas sanas y mas bien conformadas. De esta suerte, hállanse en las mejores condiciones para resistir á los escesos y fatigas que las esperan. Véome además llevado, por el testimonio concordante de todos los observadores, á sostener que no hay ninguna clase de mujeres tan exenta de enfermedades generales, como las prostitutas. Verdad es que estas infelices desaparecen de las calles despues de tres ó cuatro años de ejercicio; pero, ni la enfermedad, ni el suicidio son causa de su desaparicion. En 1840, se han contado en Lóndres 56 mujeres, de edad de veinte años, suicidadas, mientras que el número de hombres muertos igualmente, se elevaba á 126. No hay razon alguna para creer que la mitad de ellas se entregaba á la prostitucion; y lo mismo puede decirse de los demás años.» (V. «Prostitution in relation to public health.)»

Difícil es conceder gran valor al argumento que consiste en decir: que las prostitutas están en las mejores condiciones físicas para resistir á las causas de destruccion, cuando es sabido que, de ellas, hay una proporcion considerable que son todavía niñas. Al contrario, es cierto que gran número de estas caen en poco tiempo gravemente enfermas, por efecto de los pésimos tratos que reciben de sus esplotadores. Una mujer, de veinte y cinco años, llamada Mary Davis, fué condenada por haber atraido á su establecimiento á niñas de temprana edad; dos de estas desdichadas se habian ahogado, por el motivo que acabamos de indicar. El doctor Ryan hace observar que, cuando las fiebres graves reinan en Lóndres, arrebatan á un sin número de mujeres públicas, y este hecho se concibe perfectamente, si se reflexiona en el género de vida que llevan.

Pero lo que importa sobre todo en este asunto, bajo el punto de vista de la higiene pública, es la extension que toman en estas mujeres las afecciones venéreas. Gran número de ellas se

encuentran infectadas, al poco tiempo de haber entrado en la carrera. Encuéntraselas en todos los hospitales de Lóndres.

El doctor Acton reconoce que las prostitutas de Léndres desaparecen despues de un corto número de años. «¿Qué viene á ser, dice, de ese rebaño de mujeres que ganaban su vida con el tráfico de su persona? Estoy convencido de que la mayoría cesa pronto en tan vergonzoso comercio y vuelve á un género de vida mas ó menos regular!.. Los sufrimientos, el fastidio, las privaciones inherentes al oficio, tienen por efecto alejarlas á todas de la calle, con escepcion de algunas cuantas que parecen prosperar en proporcion de su edad. Entre estas mujeres, las mas afortunadas se casan con obreros, empleados ó comerciantes al por menor, etc. En cuanto á las prostitutas de la mas ínfima especie, vuélvense parroquianas de las cárceles, viven con los ladrones, y acaban por ser deportadas ó por regentar casas de prostitucion».

A falta de estadísticas oficiales y de documentos exactos, la razon y los hechos que preceden deben llevarnos, sobre la manera cómo acaban las prostitutas de Lóndres, á una conclusion que sea un término medio entre la opinion demasiado optimista del doctor Acton, y la creencia popular, segun la cual casi todas mueren de miseria, de crápula, de las enfermedades contraidas en el ejercicio de su «carrera», ó por el suicidio.

Digno de interés fuera el investigar cual es el grado de instruccion de las mujeres que, en Lóndres, acuden á buscar sus medios de subsistencia en la prostitucion, ó á ello se ven arrastradas, y cuales son, en general, los sentimientos que animan á estas criaturas, ya se consideren los sentimientos manifestados por ellas como causa, ó como resultado de la vida que les es peculiar.

Bajo el primer concepto, el documento mas completo que poseemos es el cuadro siguiente, debido á las investigaciones de Guerry.

Segun él, vemos que, en las clases bajas de la sociedad, en Lóndres, la instruccion tiende á difundirse progresivamente desde el año 1837 al de 1854.

Grado de instruccion de las prostitutas.

Grado de instruccion de las prostitutas, comparado con el grado de instruccion de las no prostitutas, arrestadas por infracciones de toda índole.—Progreso relativo de la instruccion, en cada una de estas dos clases delincuentes. (Tot. 405.362)—Distribucion por períodos.

LONDRES.—Circunscripcion de *Metropolitan police*, (*Cité* no comprendida.)—Promedios de los 18 años (1837-54.)

PERÍODOS.	GRADO DE INSTRUCCION DE LAS MUJERES ARRESTADAS, NO PROSTITUTAS. Sobre 10000 en cada periodo.					GRADO DE INSTRUCCION DE LAS PROSTITUTAS ARRESTADAS. Sobre 10000 en cada periodo.				
	Totales.	No saben leer ni escribir.	Saben leer unicamente, ó leer y escribir imperfectamente.	Saben leer y escribir correctamente. *a*	Instruccion superior. *b*	Totales.	No saben leer ni escribir.	Saben leer unicamente, ó leer y escribir imperfectamente.	Saben leer y escribir correctamente. *a*	Instruccion superior. *b*
		Resultados dudosos.					Resultados dudosos.			
Primer período. 6 años. 1837-42	10000	4813	4838	327	22	10000	4524	5031	432	13
Segundo » 6 » 1843-48	10000	4167	5534	279	20	10000	3672	5893	425	10
Tercer » 6 » 1849-54	10000	2802	6972	209	17	10000	2305	7444	212	39
		Resultados dudosos.					Resultados dudosos.			
Primer período. 9 años. 1837-45	10000	4570	5098	312	20	10000	4109	5424	455	12
Segundo » 9 » 1846-54	10000	3247	6504	230	19	10000	2821	6910	236	33
Período total. 18 años. 1837-54	10000	3861	5851	268	20	10000	3498	6129	351	22

a, b. Los resultados relativos á la instruccion de las acusadas, probablemente por efecto de transposiciones en las sumas, presentan, en algunos años, discordancias que no siempre ha sido posible rectificar.

La falta de instruccion, en vez de ser mayor en las prostitutas que en las otras mujeres arrestadas por la policía, se encuentra aquí invariablemente mas débil.—Las sumas de la policía de Manchester, durante los once primeros años, reproducen precisamente esta misma distribucion.—En Dublin, entre las dos clases de delincuentes, la diferencia de instruccion es poco sensible.—Durante el segundo período de 9 años, el progreso de instruccion, en las prostitutas, (las que por lo menos sabian leer) ha sido, como se vé, casi exactamente el mismo que en las mujeres no prostitutas.

Este cuadro nos dá, además, la proporcion de la instruccion de las prostitutas arrestadas por la policía, con la de las demás mujeres igualmente arrestadas por toda especie de crímenes y de delitos.

De ello resulta que las mujeres públicas serian, en general, un poco menos iliteratas que el resto de las mujeres que constituyen, con ellas, la parte mas ínfima de la poblacion femenina de Lóndres.

Este resultado podia, en rigor, preverse, puesto que en la clase de las prostitutas se encuentra un gran número de mujeres que estaban destinadas á vivir en una menos abyecta condicion.

Sin embargo, no hay que perder de vista que este cuadro, basado solo sobre las prostitutas arrestadas por un delito, no es rigurosamente aplicable al conjunto de la prostitucion en Lóndres.

Finalmente, en el mencionado cuadro, encontramos la proporcion siguiente:

En el número total de prostitutas arrestadas durante un período de 18 años, habia, en 10.000:

3498	que no sabian leer ni escribir
6129	que sabian únicamente leer, ó leer y escribir imperfectamente
351	que sabian leer y escribir correctamente
22	dotadas de instruccion superior
10000	

Por lo que atañe á los sentimientos que pueden animar á corazones tan degradados, Talbot los pinta, en general, como detestables.

Dos causas principales concurren al embrutecimiento de las prostitutas de Lóndres:

El abuso de los licores alcohólicos, que escede á todo límite, y

Las contínuas incitaciones al robo, suscitadas por sus «amos.»

Las prostitutas de Lóndres manifiestan, á menudo, una viva simpatia unas por otras, y no vacilan en auxiliarse mutuamente. Empero, estos sentimientos parecen estinguirse desde que el ser que era su objeto desaparece; reducidas, por su existencia, á la condicion del bruto, su atencion no sabria ir mas allá. Aun cuando parezcan tiernamente adictas á sus parientes, tienen muy poco amor á sus hijos, á quienes á menudo dan muerte. Por lo demás, su simpatia nunca se extiende fuera de su propia clase.

En Lóndres, como en París, las prostitutas tienen amantes ó sostenedores que, por lo general, son ladrones, y, á menudo, asesinos.

Sin embargo, en el seno de tanto desórden, las domina cierto respeto á las cosas de la religion. Creerian cometer una profanacion asistiendo á una ceremonia religiosa, y por lo tanto, evitan entrar en las iglesias.

No obstante, una de ellas, que vivia en la prostitucion desde hacia dos años, andando errante todavia por las calles, un domingo por la mañana, despues de una noche pasada en la mas terrible borrachez, fue llevada por la curiosidad á una de las iglesias de la «Cité.» El asunto del sermon era la: «Vuelta del hijo pródigo.» La impresion producida en esta jóven por las palabras del sacerdote fué tan potente y rápida, que tomó al punto la resolucion de abandonar su vida de prostituta. No sabiendo que hacer, ni adonde ir, vivia de limosnas desde hacia quince dias, durmiendo en cualquier rincon, cuando fue recogida por el Comité de la asociacion fundada para la proteccion de las solteras jóvenes, que la hizo entrar en uno de los asilos de la metrópoli.

Por lo demás, sucede en la prostitucion de Lóndres, lo que en la de todos los países; los malos sentimientos que en ella imperan ni son universales, ni sin escepcion.

El hecho siguiente es una conmovedora prueba de los sen-

timientos caritativos que pueden todavia animar á esos séres degradados:

Una pobre muchacha que, despues de algunos años pasados en la infamia y la miseria, iba muriéndose rápidamente, por efecto del deterioro de su salud, no tenia otro medio para subvenir á su mísera existencia que la continuacion de su duro y triste oficio. Sus compañeras, movidas por un sentimiento que tiene el derecho de sorprendernos, viniendo de tal orígen, cotizáronse para que á lo menos, como ellas decian, la pobrecita no se viese obligada á morir en la disolucion, y le suministraron, sacándola del producto precario de su infamia, la suma necesario para que su amiga pudiese pasar el poco tiempo que le quedaba de vida, en el reposo y en el arrepentimiento. (V. «The great sin»).

¡Cosa digna de notar! Sea cual fuere el cinismo de estas muchachas durante el ejercicio de su oficio, si se deciden á salir de la senda de la prostitucion, si las asociaciones caritativas pueden acudir en su ausilio, cambian completamente su lenguaje y actitud; manifiestan gran horror á su conducta pasada y muéstranse sumamente respetuosas.

Talbot observa que las mujeres de esta clase que han sido colocadas, gracias á los cuidados de la asociacion fundada en Lóndres para proteger á las solteras, han tenido, lo mas á menudo, una conducta escelente.

Para un gran número de estas mujeres, el comercio de la prostitucion es un objeto de disgusto casi insuperable.

A los padecimientos físicos, antes señalados, vienen á añadirse padecimientos de otra índole, que no son los menos acerbos. Estas infelices no pueden entregarse á su oficio, sino medio embriagadas. Por el estímulo que produce en su cuerpo fatigados, por el estupor que determina en su cerebro, el «gin,» su constante bebida, las salva de una extenuacion completa y les roba la conciencia de sus actos. «No hay mujer, dicen ellas, que pudiese llevar la vida que llevamos, si no bebiera.»

Empero, una vez caidas en este fango, nada hay para ellas

mas difícil que salir de él. Este es quizá uno de los rasgos característicos de la prostitucion de Lóndres. Vigiladas con rigor, como hemos dicho, les es casi imposible huir y escapar de las garras de las gentes, sean los que fueren, «sostenedores» ó amos de casa, que las esplotan. La fugitiva, perseguida por los espías y acusada de querer robar los vestidos que lleva encima y que pertenecen al propietario del establecimiento, no tarda en ser arrestada por el agente de policía de servicio, quien á veces la deposita en el cuartelillo de su division, pero que, mas amenudo, la entrega á las personas que la reclaman, y recibe de ellas una gratificacion.

«Esta práctica inhumana é infame, dice Talbot, se repite cada noche en la metrópoli. Cuando la malhadada muchacha, perdida ya toda esperanza, vuelve á la casa, nunca se libra de castigo; déjanla desnuda todo el dia y la privan de alimento, para que no pueda escaparse, y, llegada la noche, es preciso que salga á la calle para hacer su oficio!»

Pero, suponiendo que pudiese escapar á sus verdugos ¿á donde iria?

Rechazada de todos ¿qué medio tiene para entrar en la senda de la humanidad?

«Las leyes y las costumbres de Inglaterra favorecen la prostitucion, mas no conceden proteccion ninguna á las prostitutas». (V. «The great sin»).

En este rápido bosquejo de la vida de las prostitutas en Lóndres, habrá podido observarse que lo que domina en la existencia de su mayoria son los sufrimientos de todo género. Estas miserias han inspirado á un autor lleno de filantropia una página elocuente, que podrá terminar dignamente esta parte de nuestro trabajo, tanto á causa de los nobles sentimientos que en ella se expresan, como á causa de su color local que le presta un interés particular:

«Hemos visto que el mayor número de estas desgraciadas son arrastradas en su primera caida por causas en las que el vicio y la satisfaccion de sus goces personales no toman la menor parte.